

Fracaso de la ONU

1. obrera 11-12-48 y persistente amenaza de guerra

Las divergencias irreductibles entre los bloques dirigidos por Washington y Moscú eran claro anuncio del fracaso que había de acompañar a las Naciones Unidas en su tercera asamblea. Desde el comienzo de sus tareas se ha notado el ambiente de hostilidad que hacía imposible todo entendimiento hasta en los problemas de menor importancia. De forma que, al despedirse los delegados, dejando las cuestiones más trascendentales pendientes de solución, un augurio pesimista les acompaña respecto al futuro de este organismo inoperante cuya constitución saludaron con tanto entusiasmo en la reunión de San Francisco.

Y no hay en vista ninguna posibilidad de que los conflictos planteados en el mundo por la avaricia de los colosos puedan ser resueltos sin apelar al trágico recurso de las armas. Podrá ser el desenlace más o menos rápido pero hacia él pretenden conducir a los pueblos creyendo en su resignación y su debilidad.

Si no han recurrido ya a ese criminal remedio es por el temor que impone el uso de los modernos elementos destructivos. Pretextos tienen más que suficientes no importa en el lugar del mundo que se fije la mirada: Berlín, Corea, Grecia, China o Palestina; focos de propagación bélica alimentados cuidadosamente y que en la última reunión de la ONU han descubierto el forcejeo estatal-capitalista con sus especiosos argumentos destinados a engañar a las muchedumbres.

Pero, pese al *laissez-aller* que ha caracterizado a la opinión mundial estos últimos tiempos — inconsciente del peligro inmenso que la rivalidad entre los totalitarismos bolchevique y plutocrático crea al porvenir de los pueblos y la civilización —, una reacción general puede producirse en todas las latitudes contra el retorno a la guerra. Se notan ya, afortunadamente, los ecos esperanzadores en distintos sectores y se inicia aquí y allá el fermento de la protesta, diciéndole con cierta energía a Truman y a Stalin: no queremos más guerras.

Siempre fué el proletariado quien animaba preferentemente las campañas contra los armamentistas y los Estados agresivos, cosa que parece tenerse hoy un poco olvidada. El proletariado no está en la punta del combate, como le corresponde. El proletariado, salvo en algunas formaciones independientes y con claro sentido revolucionario, tolera y silencia, cuando no los apoya sumisamente, los planes belicosos de los Estados. Y en este juego participan principalmente los obcecados por el soviétismo, traídos y llevados a capricho por agentes quintacolumnistas que no tienen nada de común con la clase trabajadora. Ahí, en la sumisión a uno de los poderes — que al fin es tan antiproletario, sino más que el contrincante — reside otro de los factores de guerra.

El proletariado tiene que actuar con la independencia tradicional en defensa de su clase y la libertad, siempre contra los provocadores bélicos que son los mismos a derecha que a izquierda. Y más diligentemente que nunca en la hora actual, que la amenaza alcanza extraordinaria gravedad pues los rivales imperialistas han llegado a un *impasse* del que no pueden retroceder. A lo sumo habrá una prórroga temporal pero, más o menos lejano, el espectro de la destrucción estará constante al acecho mientras los trabajadores y todos los hombres libres no sepan imponer su voluntad de paz.

Al fracaso de la farsa diplomática de la ONU no puede seguir la dimisión de los pueblos, sino que han de mostrarse, si se quieren salvar de la catástrofe, decididos a secundar el movimiento antibelicista mundial.